

“Dime a que hueles y te diré quién eres” El polvo del olvido.

Periódico Humanidades (UNAM) No. 100. Pág. 1. México, D.F. 13 de abril de 1995.

Por Lucía Aranda Kilian
Facultad de Filosofía y Letras
luciaranda@hotmail.com

Por qué hemos de recordar a Villa Rojas? ¿A caso por haber sido el Subdirector del INI? ¿O tal vez, cómo el investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas? ¿O por su relación con Redfield, Malinowski, Guiteras, Gamio, Caso y Aguirre Beltrán? ¿O por su amplia obra entre la que destaca *Los Elegidos de Dios, la Etnografía Tzetzal de Chiapas*, entre otras muchas? ¿O por su colaboración en varios números del periódico HUMANIDADES de la UNAM? ¿O por la huella indeleble que dejó a su paso por el campo?

Villa Rojas toda una vida dedicada a los indígenas, a su México.

Este hombre llamado Alfonso ha dejado un rastro en el campo mexicano, él abrió la brecha, él caminó, no recorrió los caminos andados por otros. Él nos mostró el camino ahora podemos ahora podremos seguir sus huellas.

Mucho es lo que podemos aprender de él, no sólo por su ser como antropólogo, sino como un ser humano con una gran cultura siempre interesado en la ciencia, el arte y las humanidades.

Con el pasar de los años, sus enseñanzas han fructificado.

A través de sus escritos Villa Rojas nos muestra de una, manera muy bella cómo va creando su espacio un antropólogo en el campo y cómo él fue haciéndose “un huequito”, un espacio durante su estancia en Yochib, Chiapas.

Él nos relata que en un principio, construyó una pequeña choza muy huidle de palmas y barro y después... ya que “ya que los indios se habían habituado a su presencia” fue en ese momento en cuanto construyó una casa más grande a la cual le hizo un corredor con los lados abierto, para que los indígenas lo pudieran usar como lugar de reunión, así en un principio los indios le compartieron su espacio, su tierra y posteriormente él les compartió ese mismo espacio. Así, gracias a este corredor, él podía estar al tanto de lo que pasaba en la comunidad: bodas, entierros, fiestas entre otros.

Esta palabra corredor me recuerda Mesoamérica y su “corredor” por donde había un intercambio de personas con distintas ideas, creencias, tradiciones, conceptos, mercancías.

Así como el “corredor” en Mesoamérica, este “espacio” que construyó Villa Rojas, se volvió el “corredor” de la comunicación, del compartir conocimientos, ideas, creencias y tradiciones.

Con el tiempo, ese lugar se tornó una especie de “lugar sagrado” ya que además de poder oír en ese lugar, el “fonógrafo” que les compartía el maestro para escuchar música, ese era el lugar en el cual Villa Rojas los atendía cuando tenían alguna enfermedad o algún pleito u otro problema, a su vez este espacio, era una especie de refugio, de cobijo, de resguardo para los “brujos” ya que tenían la creencia de que allí no llegaban los nagueles ni malos espíritus, y por eso varias razones, y aquí entramos en algo muy importante que en ocasiones olvidamos de tomar en cuenta y eso es el “nosotros” y los “otros” o los “otros y nosotros” y aquí cabe recordar a Deveraux, quien nos dice que al entrar a una comunidad estamos creando “ruido”, así, al ser Villa Rojas “el otro” con todas sus diferencias, para los indios, no solamente su color y apariencia física resultaban diferentes sino también su olor “muy penetrante” como después ellos mismos se lo comentaban y es por ese “aroma penetrante” que ese lugar, ese “espacio sagrado” servía de resguardo a los brujos ya que al considerar que los nagueles y malos espíritus se ahuyentaban con los olores fuertes, al estar allí no sólo Villa Rojas y su esposa sino también algunos medicamentos con olor muy penetrante como aspirinas y mercurio, como entre otros, alejaban a este tipo de seres.

En un principio me comentaba Villa Rojas venían las mujeres de la comunidad para que yo les obsequiase un pedazo de mi camiseta y yo me sentía muy halagado, tal pareciera que me admiraban tanto que querían una especie de reliquia mía, hasta que después de un tiempo vino la desilusión, al saber que deseaban un pedazo de mi camiseta para protegerse de los nagueles ya que al yo oler a “ladino” con mi olor penetrante los mantendría alejados.

A su vez, en esos momentos, la palabra “corredor” me remite al espacio actual del maestro, en donde también a la entrada, hay un corredor muy grande vestido hasta techo con libros de diversos temas y colores y así, es en este corredor, donde el comparte todo su ser a la persona que lo visita, ofreciéndole algún libro para su lectura, con lo cual él comparte no sólo el material del libro sino su esencia, al estar sus libros con subrayados y anotaciones muy personales sobre su particular punto de vista, así una vez más él nos comparte sus conocimientos y su amistad y se vuelve este corredor al igual que se volvió entre los indios en Yochib, un corredor de la comunicación.

Después de esta pequeña reflexión, sólo me queda pedir que no dejemos sin espacio y en el polvo del olvido, a quien toda su vida y con su ejemplo, nos

mostró y compartió distintas maneras de “hacernos el espacio” con los indígenas en el campo y con nosotros mismos.